

La noche: Una propuesta sobre el lugar del analista

Resumen La noche como concepto viene a acompañar el pensar en torno al proceso analítico del lado del lugar del analista y su escucha; desde el hacer silencio en sí y la posición de hospitalidad, se favorece el acceso a lo que no tenía previamente acceso por otras vías, para así, crear proceso. Allí donde no hay luz o la luz no ilumina el camino analítico aparece la noche con lo poético y lo oblicuo de la significación, lo cual permite percibir otras formas y habitar otras temporalidades, que abren espacio a lo creador.

Palabras Clave: Proceso psicoanalítico — Percepción — Silencio — Lugar del analista

Joan Black Duvanced

Introducción

¿Cómo pasar del ruido cotidiano al silencio habilitante del lugar del analista y del analizante? Comienzo este escrito desde la premisa de que el lugar del analista no está dado, así como tampoco lo está el que haya análisis. Que uno sea analista y el otro analizante, que se utilice el diván o una frecuencia de tres sesiones por semana, no asegura que allí en ese espacio "pase algo"; me refiero a algo analíticamente transformador. Y si entonces nada de eso es garante, habrá que pensar –si bien nunca en garantías, pues eso más bien podría asegurar que no ocurra nada– en posibilitantes, para que haya efectivamente un proceso analítico. Para ello, la noche.

Una idea sobre la noche atravesará el escrito. Una idea de muchas que puede haber sobre la noche. O bien, si se quiere, hablaré de *una* noche, sin desconocer que puedan haber o pensarse otras; noches muertas, noches soñantes, insomnes, de consumo, de éxtasis, de vacío, etc. La noche de la que hablaré será la noche como un lugar. Un lugar silencioso, donde frente a la ausencia de estímulos y la difuminación de las formas, las percepciones se transforman y se permite el acto creador. Creación sólo posible en la medida en que se esté a disposición de que la noche caiga sobre el día, y que con la noche se caiga también, el yo y lo conocido.

Para pensar el proceso psicoanalítico ligado a la noche, me acompañaré de Duffourmantelle y sus conceptos de hospitalidad y percepción, en diálogo con postulados sobre el tiempo de Le Poulichet, y el silencio y el lugar del analista, con Nasio. Esta será la propuesta de un camino posible, de una interrelación, para pensar el lugar del analista ahí donde se podría permitir –o favorecer– que pueda acontecer el proceso analítico y entonces, devenir en acto creador. Cabe mencionar que todo acto creador no ocurre todo el tiempo y en todo momento, pero si ocurre, habrá arte, habrá transformación.

Desde allí, la noche en el análisis implicará su contemplación, el arriesgarse a percibirla, sostener su tiempo otro, su silencio, la invitación a ocupar un lugar –a hacer silencio en sí–,

o mejor dicho, a dejarse ocupar por un lugar que podría permitir la escucha en transferencia de todo aquello que habla, incluyendo la oscuridad y lo que no cesa. Es decir, el lugar del analista como una escucha abierta a contemplar y percibir (en) la oscuridad, para acoger hospitalidad mediante la noche en su totalidad, en su estar *siendo noche* en el encuentro analista-analizante.

Percepción

La noche tiene que ver con un espacio particular en el cual hay un cambio en relación a las percepciones que brinda la luz, es un paisaje nocturno donde cambian las imágenes, los colores y su composición. La oscuridad ofrece una percepción propia; no se mira ni se escucha la oscuridad igual que a la luz, en tanto los límites se difuminan y las sombras toman protagonismo.

Duffourmantelle (2015) dirá que,

“La noche es nuestra amplitud secreta. El espacio de nuestra locura íntima, muda. La noche registra nuestros miedos y nos libera de ellos en el día, por el efecto de una amnesia bienhechora de la que la angustia es el esto insecable. La noche es nuestra verdad, nos intimista a alcanzar un lugar más antiguo que a veces llamamos alma y cuyo idioma nos es indescifrable. En ella somos los extraños y, no obstante, nos convoca a reconocerla en lo más íntimo de nosotros como hermana, como arma” (p.268).

¿Cómo percibir la noche y sus abismos, la mudez y la locura? ¿Cómo percibir la verdad más antigua y lo indescifrable? ¿No estamos sino hablando de lo que queda por fuera de la instancia yoica?

Durante la noche, los sentidos se agudizan y nos codeamos con los abismos (Duffourmantelle, 2018). Es decir, por un lado, nuestro propio modo de percibir cambia, a diferencia de cómo percibimos cuando estamos instalados en la rutina diaria de la luz, con una percepción comandada por el yo. Y, por otro, *lo a percibir* cambia. La noche ofrece un lugar para percibir lo que la luz no muestra; los abismos, lo recóndito, lo extranjero; lo inconsciente.

Si hablamos de que no podemos acceder a la noche por las lógicas de lo secundario y de la palabra, entonces, hablamos de lo inconsciente, incluyendo allí no sólo lo reprimido, sino también lo irrepresentado, para lo cual se requiere estar a disposición de percibir *con el cuerpo*, la voz, los sueños, los pensamientos e imágenes que se aparecen. Duffourmantelle (2015) conceptualiza lo anterior como una percepción más amplia que las fronteras del yo y nos dirá que “es dar permiso de pensar y soñar a todo lo que dentro de nosotros registra, comprende, capta, oye, desenreda, entremezcla” (p. 104).

El lugar del analista da cuenta de ese estar abierto a la percepción, incluyendo aquella más amplia que el yo, dejando que la noche caiga sobre el día. Se trata de dejarse invadir por ésta, con la intención de percibir lo que no tiene lugar, lo casi inaudible, como un lenguaje nuevo que se ha de escuchar por vez primera, siempre único y particular de ese encuentro transferencial (Duffourmantelle, 2015).

Ahora bien, ¿qué implica para el analista percibir desde los costados del yo? Implica experi-

mentar un borde donde ya no se es “yo”, éste se retira para expandir las impresiones, lo cual puede ser doloroso e incluso insoportable, pues con eso se disuelve lo que amarra a la vida, ese lugar desde donde nos paramos para caminar a la luz del día, eso que en el cotidiano nos permite “saber” quienes somos y donde estamos. “Y de ser así, ¿cuál sería el riesgo? El de entrar en el dominio de la penumbra, de la indistinción aparente, de la confusión de los sentidos y de los géneros” (Duffourmantelle, 2015, p. 104).

Para percibir ampliamente se requiere que el yo se difumine, percibir desde un estado sin presencia de “alguien” (Duffourmantelle, 2015). Para percibir la noche con sus sombras y penumbras, se requiere percibir ampliamente.

“¿Qué es la noche? -uno se pregunta hoy y siempre. La noche, una revelación no revelada. Acaso un muerto poderoso y tenaz, quizá un cuerpo perdido en la propia noche. En realidad, una hondura, un espacio inimaginable. Una entidad tenebrosa y sutil, tal vez parecida al cuerpo que te habita, y que sin duda oculta muchas claves de la noche” (Sáenz, 2004, p. 95)

Así, la noche revela imágenes nuevas que la luz no ofrece, lo cual habla de la posibilidad de que aparezca ahí algo inédito (Ábalos, 2023). Cuando la mirada del analista se sitúa en un lugar de escucha abierto a la percepción de la noche, con la intención de dar lugar a lo que no tenía, se abre a lo desconocido, tanto desde su lugar de percepción como por aquello a percibir, con lo cual puede aparecer algo sobre lo que no se tenía registro previamente, una nueva verdad. He allí la posibilidad de lo creador.

“La noche es aquello que logra separar el ser del cuerpo, dejar el cuerpo en lo físico y habitar todas esas otras oscuridades desde algo más espiritual, invisible. Una experiencia. Un lugar donde está lo genuino” (Ábalos, 2023). Si situamos en la noche lo invisible que incorpora lo genuino y la verdad, allí, donde hablamos de lo inconsciente, donde no se sabe y nadie sabe, hablamos entonces de que arriesgarse a percibir con nuestra percepción infinitamente más amplia que el yo, es para percibir la noche con sus invisibles y sus oscuridades, pues esto podría permitir que el analista se deje ocupar por el lugar analítico para favorecer el proceso creador.

“Cerrar los ojos es extender la mirada a una vida distinta, una ampliación, una existencia paralela, el tiempo de la mente, el espacio que alberga todos los pensamientos” (Ábalos, 2023).

Temporalidad

La noche disuelve el tiempo y el espacio. La soberanía de la noche es sin tiempo. Asimismo, el tiempo inconsciente y el tiempo del análisis es distinto al tiempo cronológico e implica la suspensión del tiempo, en cuanto al tiempo consuetudinario; diurno. Podríamos agregar, que el tiempo de la sesión y el de la noche, es un tiempo-espacio sin memoria y sin deseo.

Bion señala que el analista ha de ocuparse de lo que está sucediendo en el presente, en esa sesión, en ese tiempo y espacio particular, poniendo entre paréntesis toda historia pasada y futura, suspendiendo lo ya sabido para poder escuchar lo desconocido que aparece en cada sesión; lo nuevo, lo extranjero, podríamos agregar, lo oscuro, la noche. “El psicoanalista debe tender a lograr un estado mental de tal índole que en cada sesión sienta que no ha visto antes al paciente” (Bion, 1967, p. 681), es esta una invitación a tolerar el vacío infinito y sin

forma para adentrarse en la dimensión de la espera y de la calma, donde “no hay traducción posible, el pasado no es de ninguna ayuda allí, no hay más que presente, lo inimaginable” (Duffourmantelle 2020, p. 107).

“No se puede remitir a la noche previa, ello solo sería resistencia y nada diría de la noche actual, pues tiene que ver con ese estar ahí, ocupando el lugar de la noche. El tránsito: es lo que pasa mientras pasa. No en el antes o el después” (Ábalos, 2023).

Para percibir la noche y dejarse ocupar por un lugar allí, habría entonces que remitirse al postulado bioniano de sin memoria y sin deseo, en la medida en que no se puede remitir a la noche o sesión anterior, pues ello sólo perturbaría la posibilidad de sostener lo desconocido. Es necesario suspender el tiempo –el tiempo diurno cronológico–, para estar ahí, en el presente del aquí y ahora de la sesión y su noche, en el tránsito mismo. Sólo así podrán vislumbrarse las sombras, las figuras difuminadas, y permitir que advenga una verdad inexplorada.

Para Le Poulichet (1994) estamos divididos en dos tiempos, “entre un «Yo soy conciencia del tiempo», que es un tiempo cronológico, y otro, que es el «ello deviene» de los procesos psíquicos inconscientes” (p. 40). En el tiempo de lo inconsciente todo deviene y nada cesa, nada se vuelve pasado porque siempre está allí pulsando, así como pulsa la pulsión en un cauce constante, así como la noche es lo que pasa mientras pasa. Es, en ese sentido, un tiempo de tránsito; “(...) los tiempos mismos del pasaje, «dado que lo que no pasa en el tiempo es el paso mismo del tiempo»” (Le Poulichet, 1994, p. 43).

La noche y el soñar están pobladas de imágenes mudas que el creador va a observar para darle voz como parte de su tarea. La escritura allí, tal como la noche, tal como la sesión analítica, aparece como un espacio de tránsito; consciente-inconsciente, realidad-imaginación, oscuridad-luz, tiempo-sin tiempo, etc. “Siempre a la deriva, siempre un viaje, un movimiento por la imaginación frente al cual nunca sabemos exactamente donde vamos a llegar, muchas veces es el tránsito, el movimiento de esa escritura lo que queda” (Ábalos, 2023).

La creación es suspender el tiempo para moverse en caminos inciertos y entre sombras, disponible ante lo que la oscuridad muestra y que la luz no deja ver, sin saber qué hay más adelante, lo cual implica que no es posible anticipar un suceso, un pensar o un sentir (Ábalos, 2023). “El contemplar la noche no permite que se recurra a una claridad salvadora que llega tarde. No ofrece ningún otro punto de resistencia que su propia densidad secreta” (Duffourmantelle, 2015, p.270). De esta manera, para que devenga análisis supondría adentrarse a la sesión misma, sin recurrir a lo previo o externo, suspender y suspenderse en la opacidad y lo incierto de cada análisis, de cada sesión, de cada encuentro singular.

Si estamos a la escucha, dejándonos ocupar por el lugar analítico, esperamos que vía transferencia ocurra un encuentro entre el tiempo que pasa y el que no, que se genere un intervalo o paréntesis de tiempo donde se detenga momentáneamente lo que no se detiene y, de este modo, sea posible darle figuración a lo que no cesa ni deviene pasado. Es decir, darle lugar a lo que no tenía lugar, darle voz a la imagen muda, acceder a lo inconsciente por medio del encuentro transferencial, en tanto se esté allí en el tránsito de esa noche-sesión y nada más.

“(…) la presencia del analista da pasajeraamente un tiempo a lo que no pasa, precisamente para hacerlo pasar. Para que lo que *no cesa* se ligue en la palabra y el silencio, es preciso que eso pase por él: que eso vuelva de su presencia. Así, la transferencia actualiza lo que *no cesaba* de llegar sin tener lugar” (Le Poulichet, 1994, p. 48-9).

Al tener lugar lo que no tenía lugar, al acceder a un tiempo donde se entrecruzan las temporalidades cronológicas-yoicas y las del pasaje-inconsciente, ello puede constituirse como pasado y si se constituye como pasado, se puede olvidar, y con eso abrir un espacio a lo novedoso. Al acceder a lo que no cesa, aparece lo desconocido y, con ello, se puede pasar a lo creador. He allí un potencial de inmiscuirse en la noche y sus abismos.

Silencio

La noche es situarse frente a lo desconocido, lo cual implica que, para percibirla, hay que ser capaz de adentrarse en un espacio donde las referencias no son las mismas que las de la vida diurna. Allí, lo silencioso hace su aparición; “la noche crea silencio, y el silencio es creador” (Ábalos, 2023).

Un poema crea un silencio en tanto no dice algo directo, el sentido ofrecido viene encriptado, oblicuo. Muestra algo antes de explicarlo, sin saturar la palabra. Asimismo, el lenguaje de la noche es un lenguaje libre de contenido –incluso, en ocasiones, de representación–, es un lenguaje cercano a “la música que no ilustra, no muestra, no narra, sino que avanza sin patrón hacia lo desconocido” (Ábalos, 2023).

El silencio, entonces, no es ausencia, no es vacío, sino que es contenedor de un espacio potencial no lógico-yoico, sino de uno que abre espacio a lo inconsciente y favorece la creación. De igual modo, “el silencio del analista no es abdicación ni ausencia, y el silencio que él instaure no es un vacío, sino una «presencia otra en un silencio compartido»” (Nasio, 2009a, p. 194), “(…) es un lugar rico, es un lugar pleno, es un lugar condensador de una alta carga libidinal” (Nasio, 2009b, p. 166).

Incluso, del lado del paciente, podríamos pensar que el silencio no sólo es resistencia y la ausencia de éste tampoco necesariamente lo es. Hay un silencio que calla, que es resistencia y que vela, en la medida en que da cuenta de lo acallado, y hay otro silencio que devela, que es efecto de la transferencia y que remite a lo que no se puede decir pero que se actualiza en el análisis, y que por tanto, mediante un pasaje en éste, se podrá acceder a él.

Una analizante adulta llena constantemente las sesiones con palabras, de inicio a fin, sin embargo, la sensación subjetiva es de no poseer palabras propias. Como analista ensayo dejarme ocupar por el lugar analítico, y allí el silencio aparece. Aparece sostenido desde mi lugar, y comienza a aparecer también en la analizante, y así, de a poco comienza a existir una cadencia, comienza a formarse un ritmo en su habla que parece haber sido posible por el sostenimiento del silencio y su renuncia, el cual se vuelve estructurante de la posibilidad de decir.

En este caso, las palabras llenaban sin dejar espacio a lo poético, a lo oblicuo, al silencio creador. Más bien, sonaban a un ruido constante que no habilitaba un espacio propio, no aparecía allí lo genuino de la noche, sino ruidos, palabras de la vida diurna que no permitían

abrirse a lo desconocido, a lo creador. Algo así como que había mucha respuesta y poca pregunta. Mucha palabra y poco silencio. Mucho tiempo cronológico y poco tiempo otro. Mucha luz y poca noche.

“Las palabras vienen después. Después de la certidumbre íntima y turbadora del acontecimiento, después de lo real, después del nacimiento, después de la misma muerte, siempre vienen a colocarse desfasadamente, intentan explicar a posteriori lo que no puede serlo, dar sentido a lo que tan sólo da vértigo” (Duffourmantelle, 2015, p.142)

El silencio, tan propio de la noche, puede permitir que advenga algo, un cambio frente a la constancia; una palabra, un ritmo, una creación. El silencio es el lugar de la espera activa, donde el analista se deja portar por el silencio hasta el advenimiento de un decir (Nasio, 2009b). Y por tanto, si el analizante no puede hacer silencio, será el analista quien instale ese lugar, que es un lugar y una función que invita, tal como la noche, a la percepción, al tiempo otro, al abandono yoico, y a la apertura a lo extraño, lo desconocido, y por tanto, lo nuevo y potencialmente creador.

En ese sentido, Nasio sitúa que para que el analista pueda ocupar su lugar, requerirá “hacer silencio en sí” lo cual implica abandonar el funcionamiento diurno para que sea posible dejar caer el sí-mismo, “hacer silencio en sí significa que, espacialmente, estamos fuera de nosotros, exiliados del yo” (Nasio, 2009b, p. 163).

Nuevamente, aquí nos encontramos con lo doloroso de sostener el lugar de la escucha analítica, en cuanto requiere la realización de un duelo por parte del yo del analista, en un registro no simbolizado, no consciente, que dará paso a la difuminación de los límites fuera-adentro, yo-no yo. Frente a esto, Nasio nos dirá que “(...) es necesario pertenecer momentáneamente al inconsciente para escuchar el inconsciente” (Nasio, 2009b, p. 168), para lo cual no es la luz del día lo que se pone en juego, sino más bien la noche y sus abismos.

Para que el analista pueda entonces ocupar su lugar ha de suspender su posición de saber, lo que conoce junto con toda historia y todo deseo, para percibir lo que sea que la noche traiga, lo que sea que el analizante sea allí en esa sesión, en esa suspensión del tiempo abierta y sostenida por el silencio.

Desde el silencio, es que el analista puede portar y vehiculizar ese lugar –ese Otro lugar– que va más allá de él como persona-analista, y que, si bien se sostiene desde la neutralidad y la escucha flotante, es “(...)«ne-uter», ni él, ni su paciente” (Nasio, 2009a, p. 194). Es un estar ahí siendo en ese encuentro transferencial, en esa noche que no es ni de uno ni de otro, pues no hay quien viva allí la noche, sino que, más bien, hay un dejarse vivir por esa noche, esa sesión, y sus laberintos.

Hospitalidad

Abrazaré la idea de que para que algo ocurra es necesario el estar a disposición de hospedar; la noche, la oscuridad, lo desconocido. Para que en la noche suceda una experiencia creativa, se precisa una entrega; quien la está habitando ha de dejarse habitar por ella. Es debido estar a disposición de esa experiencia, lo cual implica estar abierto a una percepción más amplia que el yo, a la suspensión del tiempo y hacer silencio en sí.

En ese sentido es una experiencia que no se elige, sino que aparece cuando se está allí habitando y dejándose habitar, ofrecidos al fenómeno, sea lo que sea que *esa* noche vaya a hacer aparecer. Es, ante todo, aceptar someterse a las experiencias singulares que sólo la noche vuelve posible (Ábalos, 2023).

Duffourmantelle, en diálogo con Derrida, trabaja la hospitalidad como el lugar desde donde se recibe lo extranjero, lo otro, lo diferente. Para ser hospitalario es necesario, primero, estar enteramente dispuestos a mirar lo que el otro trae, para lo cual es preciso reconocer la diferencia sin intentar hacerla encajar en valores conocidos.

“Cuando un habla participa de la “noche”, nos hace oír las palabras de otro modo. Así, hablar de “lo vecino, de lo exiliado, de lo extranjero, del visitante, del hogar propio en el hogar ajeno”, impide a los conceptos tales como “el yo y el otro” o “el sujeto y el objeto”, presentarse bajo una ley perpetuamente dual” (Duffourmantelle. & Derrida, 2021, pp. 52-54)

En la noche se difuminan los bordes conocidos, así como en la hospitalidad también, corriendo incluso el riesgo de pasar de anfitrión a huésped, pues, ser hospitalario implica recibir lo extraño y alojarlo, con “sea lo que sea” que traiga. La hospitalidad es, entonces, “(...) un espacio donde este acto de invitación puede tener lugar. Este espacio, creo, es el lugar mismo del pensamiento” (Duffourmantelle, 2018, p.172). Es tener un lugar para recibir y acoger, lo cual implica una disposición psíquica, no física. No es una consulta, no es un diván o un analista, es un espacio activo de estar a disposición de alojar eso extraño. Para ello, “(...) la hospitalidad sólo hace sentido si tal acontecimiento no pertenece ni al anfitrión ni al acto de acoger ni al que llega, sino al gesto por el cual uno acoge al otro” (Duffourmantelle, 2015, p. 255).

El acto de estar a la espera, de hacer silencio en sí. El acto doloroso de retirar el yo y percibir ampliamente. El acto de dejar caer la noche sobre el día y estar ahí en el tránsito mismo. En el aquí y ahora de *esa* sesión, de *esa* noche, sin saber de qué noche se trata y lo que ésta devendrá. No se sabe, no se desea, no se recuerda, se está siendo suspendido para dejar pasar lo que no pasa, para que advenga lo desconocido, lo novedoso, lo creador.

Lugar del analista

Concluyendo, para que haya análisis, el analista ha de ocupar un lugar; pues, “si se instala, escucha, percibe y causa la cura” (Nasio, 2009b, p. 165). Ahora bien, no es ocupar sino dejarse ocupar por un lugar, en el cual no puede instalarse como analista-persona que responde a su cotidianidad y a sus formas diurnas, sino que es indispensable que su realidad psíquica cambie y se cree una realidad al costado del yo, que deje caer el día y hospede la noche; “el analista no puede oír y percibir el inconsciente más que en la medida en que, de alguna manera, él ya forma parte de aquél” (Nasio, 2009b, p. 168).

Nasio llama a este lugar “punto de mira parayóico”, el cual, puede o no ocuparse, pues dependerá de si se está a disposición de alojar el inconsciente del analizante y hospedarlo, a riesgo de no saber anticipadamente lo que ello implicará como parte del proceso analítico.

“(…) cuando el analista se instala en ese punto de mira parayóico, en ese lugar de la disponibilidad, de la disposición, de la buena posición, se impone una relación diferente con el límite. Ya no hay límite fuera/dentro, interior/exterior, antes/después, pero hay otro límite: hay un límite entre el nosotros y lo real. Está el nosotros y el enigma de lo real. En una palabra: hacer silencio en sí significa que el psicoanalista se pliega, acepta, admite, verdadera, dócilmente y convencido –no mentalmente, no racionalmente, sino psíquicamente– que el límite de la experiencia analítica es realmente un misterio, es realmente un enigma con el cual debe contar si quiere trabajar como tal” (Nasio, 2009b, p. 170).

El lugar analítico no es un lugar a la espera de ser ocupado y que siempre así será, sino que es más bien un lugar enigmático que se construye entre el decir de un analizante y el silencio del analista por medio del cual deja caer el yo, abriendo la escucha a la percepción y hospedaje de lo que el analizante hable. Ya sea que hable con palabras o con otras formas.

En ese sentido, tampoco se trata de que todo sea noche en el análisis, de que todo sea ese tiempo que no cesa; todo sea locura y oscuridad, sino que el análisis pasaría en ese cruce transferencial, donde lo que cesa y lo que no cesa se cruza, donde el día y la noche se entrelazan sosteniendo un enigma.

César y Sára Botella (2003) por su parte, sitúan el tiempo analítico como un estado de sesión, para indicar su estado intermedio; mitad estado diurno, mitad estado nocturno, sirviéndose de ambos funcionamientos simultáneamente, corriendo uno por vía progrediente y otro, por vía regrediente, lo cual genera un estado de inquietante extrañeza. Puede ser éste un modo de pensar la interrelación entre el día y la noche en el proceso analítico, y habrán otras también. Sin embargo, en el presente escrito me quedo con la idea de lo potencial de dar lugar a lo nocturno para promover que se pueda llevar a cabo un proceso psicoanalítico.

“El día es la superficie del mundo. La noche no. La noche es la noche (...) La noche propicia para perderse y desaparecer, para renacer y morir, en oscuridades que te hablan y te señalan. Por eso la luz de la noche es una luz aparte: muchas cosas, muy extrañas, se iluminan en la luz de la noche –las cosas vuelven a ser como lo que son, y uno mismo llega a ser como lo que es” (Sáenz, 2004, p. 67)

Cabe esperar que haya casos en que ante la mixtura día-noche prevalezca considerablemente el día, aun cuando siempre ha de haber noche. Sin embargo, quizás cuando nos encontramos más en los bordes, me parece que será la noche. No obstante, será en cada caso particular, en cada encuentro transferencial, en donde el analista renuncie a su saber, a su historia, a su yo, y se disponga a escuchar y percibir tanto el día como la noche, de cada quien y de cada sesión.

Mediante el hacer silencio en sí y estar disponible para hospedar lo extraño, se podrá generar un encuentro de tiempos que permitan que lo que no tenía lugar –es decir, los procesos inconscientes– sí lo tengan. Que aparezca lo desconocido, y advenga la creación.

Es esta, entonces, una invitación a mirar hasta el umbral de la noche, dejar que caiga sobre nosotros y nos habite. Una invitación a no separar lo oscuro de la claridad, lo inconsciente de lo yoico, pues, si no –predecía Patocka–, sufriremos sus estragos (Duffourmantelle & Derrida, 2021).

Referencias

- Ábalos, M.** (8-15 noviembre, 2025) Escribir la noche, Los Aspectos nocturnos del acto creador [conferencia online]. Talleres de bolsillo, <https://www.talleresdebolsillo.cl/escibir-la-noche-los-aspectos-nocturnos-del-acto-creador>
- Bion, W.R.** (1967) "Notas sobre la memoria y el deseo". *The Psychoanalytic Forum*, II: 3.
- Botella, C. & Botella, S.** (2005) *La figurabilidad psíquica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Duffourmantelle, A.** (2015) *Elogio del riesgo*. México D. F.: Paradiso editores.
- Duffourmantelle, A.** (2018) *En caso de amor. Psicopatología de la vida amorosa*. Buenos Aires: Nocturna editora.
- Duffourmantelle, A.** (2020) *Inteligencia del sueño: fantasmas, apariciones, inspiración*. Buenos Aires: Nocturna editora.
- Duffourmantelle, A. & Derrida, J.** (2021) *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor
- Le Poulichet, S.** (1994) "El tiempo que pasa y el tiempo que no pasa". En *La obra del tiempo en psicoanálisis*. Buenos Aires: amorrortu.
- Nasio, J.D** (2009a) *El silencio en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Nasio, J.D** (2009b) *Cómo trabaja un psicoanalista*. Buenos Aires: Paidós.
- Sáenz, J.** (2004) "La noche". En *Recorrer esta distancia*. Antología poética. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.